

ziale fervoroso à su amado Jesus tiernos, y devotos afectos; pidiendole perdon de sus culpas; y confesandose por el mas enorme de todos los pecadores con tanta copia de lagrymas; que à el verlo, y oirlo se liquidaban de ternura los corazones de todos los circunstantes. Entre estas Christianas expreções fallecieron los alientos vitales de el Hermano Joseph de Villela: dexando con su muerte muy doloridos à sus Hermanos, y muy compadecida à toda la Ciudad de Truxillo. La grande edificación, que con su transito avia movido en la atención comun este dichoso joven, atraxo à la asistencia de su entierro à todas las Sagradas Religiones, y à todo el illustre congreso de la nobleza: cuyo concurso hizo el funeral magestuoso. El Señor Obispo estuvo en la determinacion, de que en la Iglesia Cathedral se diessé sepultura à este Siervo de Dios: y se huviera executado assi, à no aver suspendido su resolucion algunas consideraciones atentas. De el Religioso Convento de el gran Padre S. Agustin avian asistido à el Hermano Joseph en su dolencia algunos Religiosos, y en su transito le acompañò toda aquella Reverenda Comunidad: y quiso el Ilustrissimo Principe recompensar estos desvelos; entregandoles el difunto cuerpo, de el que vivo les avia merecido tan caritativos cuydados. Con este permisso, que ne-

gociaron las piadosas instancias, y justificadas suplicas de aquellos Padres, fue sepultado el Cadaver de este Siervo de el Señor en la Iglesia de el referido Convento à el pie de las gradas de el Altar mayor. Solos diez y seis años tenia de edad el Hermano Joseph de Villela, quando le faltò la vida: pero en el se verificaron muchos tiempos de perfeccion en consumacion tan acelerada. Vn docto, y virtuoso Padre de la Compania de Jesus fue testigo de mayor excepcion de esta verdad: pues aviendole confesado generalmente para morir, declaró, para honra, y gloria de Dios en su Siervo fiel: que no avia hallado en su purissima alma culpa alguna mortal, de que absolverle.

Entre los Varones, que en el principio de el Instituto Bethlehemitico se señalaron en virtudes, se numera el Hermano Pedro Ortiz: cuyo nacimiento fue en el Reyno de Navarra; pero hizo en la America su mayor fortuna. Aviendole transportado à aquellos Países sus temporales intereses, logró bien esta suerte transitoria: porque se hizo dueño de algunos Baxeles, en que, como en vasos propios frequentaba sus comercios, y traficaba las Indias por sus septentrionales costas. En este arriesgado rumbo experimentò varias adversidades de la fortuna: porque se le continuaron algunas pérdidas, y tuvo peligrosos en-

encuentros de pyratas, que infestaban aquellos mares. Huyendo de estos infortunios, determinò passarse à el Mar de el Sur, para asegurar por el sus negociaciones: y siendo este solo el fin, que le hizo mudar de sendas, se sintió despues mudado para empresa mas soberana. Vna vez, que en el Puerto de Payta hizo su desembarco, saltaron con el en tierra los Hermanos Bethlehemiticos, que para el negocio de la Fundacion de Lima iban llamados de el Excelentissimo Señor Conde de Lemos: y movido de eficaz superior impulso este Siervo de Dios, no dexò la devota compania, hasta que mereció vestir el Abito de su Instituto en el nuevo Hospital de el Carmen de aquella Ciudad. Aviendo commutado el peligroso rumbo, que seguia, en el seguro de aquel perfecto estado, commutò tambien el nombre de Pedro Ortiz en el de Pedro de San Joseph: y à estas mutaciones se siguiò otra transformacion de el Hermano en nuevo hombre. Ocho meses solos vivió en el nuevo estado este Siervo de el Señor: pero en este breve tiempo fueron tantas sus grangerias en el empleo de las virtudes; que salió de las borrascosas tempestades de este Mundo, dexando en el famosa memoria de su exemplar vida. Este fue el primer Hermano, que se sepultò en la Iglesia de el Carmen de el Hospital de Lima: haziendo afortunado su

sepulcro con tan feliz estreno.

CAPITULO III.

*EXEMPLARISSIMA VIDA
de el Hermano Juan Pecador.*

PARA el natural nacimiento de el Hermano Juan Pecador, que se llamó en el siglo Juan Gomez Trigo, ofreció su suelo el Pueblo de Villa-Tobas, sito en la Provincia de la Mancha: pero la Ciudad de Leon de la Provincia de Nicaragua en la America le franqueò con mejor suerte su terreno, para renacer por la gracia. De aquella Poblacion de nuestra España se trasladò el Hermano Juan à esta de las Indias, donde refidió empleado en el trato de Mercader: logrando en el muchos tesoros, y aumentando grangerias en su alma. De sus ganancias licitas hazia nuevos empleos en virtuosas obras, para comerciar con este caudal en el Cielo: distribuyendo caritativo parte de sus riquezas en el socorro de las agenas necesidades. De harina de maiz compraba considerables porciones: y de ella se hazian de orden suyo sabrosas tortillas, que en aquel País llaman Arepas, y sirven de pan à la mayor parte de la gente, para repartirlas à los pobres. Quando à los fines de el año era mas comun, y estrecha la necesidad, hazia la referida distribucion: porque queria, que creciesse su merito, observando para esta

esta obra el tiempo de la mayor indigencia. A las mugeres necesitadas surtia de sayas, y mantos, segun la posibilidad de su caudal: intentando con esta piadosa asistencia preservarlas de los frequentes desordenes, à que suele precipitarlas la pobreza. Sus continuas piedades carearon tan fuertemente su genio à la perfeccion; que resolvió, vistiendose el Abito de Tercero, gastar el resto de su vida, sirviendo personalmente à los pobres en el Hospital de Bethlehen. Para el logro de sus santos propósitos se encaminò à la Ciudad de Goatemala poco despues de la muerte de el Siervo de Dios Pedro de San Joseph: pero por estàr entonces prohibido, el que se recibiesen mas Hermanos à la profesion de Terceros descubiertos en la Bethlemitica Casa, se le negò aquel penitente traje.

No se entibieron por esta novedad los fervores de su espiritu: porque como era la asistencia de los necesitados el fin primero de su vocacion, hizo muy poco reparo en las exterioridades de el vestido, como su principal intento no se malograssè. En lugar de el Abito de la Tercera Orden vistió vn justacor de paño, que casi le cubria los pies: y así satisfacia sus piadosos impulsos, diciendo con extraordinario júbilo de su corazon: que aquella librea era bastante para servir à los pobres, hasta tanto que se dispu-

siessè, y permitiessè otra forma de Abito. Constantemente resuelto à perseverar en aquel empleo, determinò deshazerse de todo el caudal, que posseia: distribuyendolo à los pobres de limosna. Antes que executasse esta caritativa idea, consultò su animo con vn devoto Sacerdote: y aviendole este aconsejado con prudencia, que suspendiessè su determinacion hasta recibir el Abito, porque acaso despues arrepentido, no se hallassè tan pobre, que necesitassè pedir limosna, resistió fervoroso este consejo. *Antes bien*, replicò à el Sacerdote consejero, *por esse mismo caso lo he hecho repartir Padre mio; pues si me diere tentacion de arrepentirme; viendome sin el recurso de la hacienda, no lo executarè.* Convencido de esta reflexion cautelosa puso por obra su intento: y fue el Hospital de Bethlehen el primer beneficiado de su piadosa liberalidad. Para labrar vna Custodia, en que se venerassè en aquella Casa el Santissimo Sacramento le hizo donacion de mil pesos: y aunque para la preciosidad, con que se formò esta Alhaja no fue esta cantidad suficiente; con ella, y con otra porcion, que ofreció para el mismo intento otro Hermano, que avia sido de caudal grueso en el siglo, pudo costearse. De cinquenta marcos se fabricò la dicha Custodia: cuya Luna se guarneciò de diamantes, y esmeraldas, y cuyo dorado campo se sembrò de

pie-

pedras de varios colores, que aunque falsas la hermosean, y son alegre, y gustoso empleo de los ojos, que miran deliciosamente engañados su hermosa transparencia. El resto de su caudal lo repartiò su generosa mano con otros pobres; mejorando su amor à sus parientes: à quienes embió à España algunas porciones de su hacienda.

En esta pobreza, en que le puso su piedad con los necesitados, y en el traje, que queda dicho, vivió santamente empleado algunos dias el Hermano Juan Pecador, hasta que por el mes de Octubre de el año de 1667. mudaron los Bethlemitas el Abito de Terceros, en el que agora usan: porque en aquella ocasion se vistió el Hermano Juan la misma penitente gala. Con gran júbilo de su interior se alistò en aquella Santa Compañia con el nuevo Abito, dexando el antiguo justacor: y con el mismo le admitieron en su numero los Hermanos, celebrando festivos, el tener en su congreso à vn hombre tan desengañado, y tan solida, y exemplarmente virtuoso. Fiando en sus singulares virtudes, fue embiado por el Reverendissimo Fray Rodrigo, en compañía de el Hermano Diego de San Miguel, à pedir limosna à el Reyno de el Perú, como queda dicho: y en la expedicion de este negocio se mostro bien su rendida obediencia, y se acrysolò la pureza de su espiritu. Luego que en-

trò este Siervo de Dios en aquel bastissimo Reyno se sintió molestado de gota, y hydropesia: pero con estas peligrosas enfermedades profugió obediente su demanda, penetrando las superiores Provincias de aquel País: donde por la aspereza de los caminos, por lo intolerable de los paramos, espantosamente espaciosos, y por la frecuencia de las nieves, se le agravaron mucho los accidentes referidos. De esta suerte achacosò continuò su fervor en la solitud de la limosna para los pobres con tanto empeño; que por relacion de su compañero mismo se supo despues, que no avia faltado vn solo dia à el cumplimiento de esta obligacion, en que le avia puesto el mandato de su Superior. Como no trataba de buscar algun alivio à sus males, se fueron aumentando de modo las dolencias; que la hydropesia le tenia rabiosamente sediento, y la gota llegó à deslocarle los dedos de pies, y manos, sacandolos de sus coyunturas.

Los dolores, que entre tan fatales estragos padecia, eran intensísimos, y muy cruda su pena: pero con todo, era tal su pacientissimo sufrimiento; que no se le oyò vna voz, para quejarse: y solo abría la boca, para emplear sus labios en las alabázas Divinas. Todo el Tiempo, que peregrinò, en pedir la limosna, observò, sin que lo impidiessen las referidas molestias, que afligian su carne, todos

B 2

los

los ejercicios espirituales, que se observan en el Instituto Bethlemitico, con la misma regularidad, que si estuviera en su Hospital de Bethlehen. Su modestia, caridad, y buen exemplo fueron tan singulares; que no pudieron menos, q̄ fructificar mucho en los Pueblos, por donde passaba, dexando à sus Fieles habitantes sumamente edificados. Quando se tomó en Lima la posesion de el Hospital de nuestra Señora de el Carmen, fue destinado el Hermano Juan por morador de aquella Casa: y en la zelosa aplicacion de este virtuoso obrero lograron los enfermos, y el Hospital crecidas utilidades. Aunque estaba tan quebrantado de su salud, pudo persuadir su eficacia à el Superior de el Convento, à que le diese algun empleo en servicio de los pobres: y con efecto, fue despachado à solicitarles algun socorro en las Provincias Guaylas, y campos de Bombon. En estos territorios tuvo tan buen logro su zelo; que recogia vnos años mil, y otros mil y docientos carneros, que llevaba cuydadofo à el Hospital, y se bolvia luego vigilante, à continuar sus diligencias.

En este exercicio de piedad perseverò algun tiempo, hasta que para proseguirlo, le faltaron de el todo las fuerzas; à causa de aversele agravado con extremo los achaques, que continuamente padecia. Por este motivo se viò

precisado à retirarse à las quietudes de el Hospital, donde creció en tal grado el gravamen de sus dolencias; que se llegó à tullir, sin poder executar movimiento alguno, que no fuesse con el auxilio de agena mano. Siempre que en la cama era forzoso moverle, era indispensable, el que se le renovassen con crueldad los dolores, que habitualmente le afligian: pero nunca se quexaba de la impiedad de estos tormentos; antes los ofrecia à Dios resignado: y reputandolos breve pena, en que se le preparaba eterno descanso, daba por ellos gracias à la Divina Magestad. Tal vez con poco reparo le lastimaba; à el moverlo, demasadamente el Enfermero: y aunque en estas ocasiones solia reñirle, luego le pedia perdon, confessando humilde, como impulso sobervio, lo que era solo natural sentimiento. En estas ocasiones se servia de el genio extremadamente humilde, y pacifico, con que se avia dotado el Cielo: y por cuya razon jamàs se le oyò palabra de ira, ò enojo, que passasse de aquellos impetus, que por no poderse reprimir, se reputan inculpables. La crueldad de los accidentes, con la continuacion de el tiempo de padecerlos, llegaron finalmente à ser declarada, y proximamente mortales: y en vista de su notorio peligro, recibió para consuelo de su alma en su cercano transito el Viatico Santissimo, y

la Extrema-Uncion. Aviendo hecho esta funcion Christiana con raras demostraciones de devoto, y arrepenido, passò el Hermano Juan Pecador de esta vida à la eterna, donde se cree piadosamente, que goza el descanso de sus penalidades, y el premio de sus virtudes, el año de 1679.

CAPITULO IV.

VIDAS DE LOS HERMANOS

Andres de la Madre de Dios,

y Juan de San

Pedro.

Natural de la Ciudad de Victoria, Capital illustre de la Provincia de Alba, fue el Hermano Andres de la Madre de Dios: por cuyo nombre quiso ser conocido en el Bethlemitico Instituto; dexando el apellido secular de Andracabide, que tenia por su paterna ascendencia. Aviendo dexado este varon insignificante su originario País, le passò à la Nueva-España la esperanza de lograr algunas temporales conveniencias: pero mudando despues, con mejor luz, estos primeros intentos, concibió ardentissimos deseos de consagrarse à Dios en la profesion de la Religiosa Familia de Bethlehen. Atento à esta vocacion interior, y vencido de su poderosa eficacia, resolvió ponerla por obra: y recibió el Abito de el Instituto de Bethlehen en el Hof-

pital de Goatemala el año de 1675. De la verdad de su llamamiento fue demostracion bien clara el singular empeño, con que en el año de el Noviciado practicò las asperezas, que se frequentan en este Religioso estado: pues sus rigorosas penitencias, y extraordinarias mortificaciones fueron edificacion, y exemplo, no solo de los demás Novicios; sino tambien de los Professos mas aprovechados. No parece, sino que à el vestirse exteriormente el Penitente Saco, se le infundieron todas las virtudes en su interior: pues continuò con tanto fervor su practica, despues de Professo; que se propuso claro espejo de virtudes, en que, para perficionar su espiritual ornato, se miraban los Religiosos perfectos de la Comunidad.

Aviale favorecido el Cielo con vn natural tan docil, y blando, como vna cera: y ayudado de esta genial propension, fueron profundissimos los fundamentos, que preparò en su humildad, para elevar la maravillosa fabrica de su virtuosa vida. Nunca se reconociò en su voluntad la mas leve resistencia à la insinuacion de los mandatos: sin que jamàs hiziesse su rendimiento distincion de personas, y grados, para obedecer; porque con la misma resignacion obedecia à los superiores, que à los iguales, y aun à los inferiores, y mas modernos. La consideracion de la Magestad infinita, que